

Platón: *Gorgias*, Presentación y traducción directa del griego de Gastón Gómez Lasa (Editorial Andrés Bello, Santiago 1982) 252 pp.

La figura de Platón y, más en concreto, su *Gorgias*, están siempre de moda y siempre atraen la atención de los estudiosos, filósofos o filólogos. Ahora es un gran conocedor de Platón —como lo demuestran sus obras publicadas: *El diálogo como Filosofía* (1972); *Platón: el periplo dialógico* (1978); *Aporias dialógicas* (1978); *Platón: primera agonía* (1979); *El expediente de Sócrates* (1980); *La institución del diálogo filosófico* (1981)— el que nos introduce en el problema de las ventajas y defectos de la retórica, de la que Gorgias se considera el creador. Asistimos a la lucha de Sócrates contra los sofistas, para poner de relieve el valor del arte de la palabra y las excelencias de la filosofía.

En la presentación, el Prof. Gómez Lasa nos describe la primera agonía o combate de Platón tal como se desarrolla en el *Gorgias*, muy afín a otro diálogo, con idéntica tesitura: Protágoras. Por algo son los dos sofistas más conocidos, los que dan nombre a estos dos diálogos platónicos. Tras la presentación, encontramos el texto platónico. Aunque se nos advierte que la traducción se ha hecho directamente del griego, el castellano resultante se nos antoja un tanto forzado. Basta para ello la segunda fase: «Acaso hemos llegado tarde y, como se dice, alcanzado la espalda de la fiesta». Creemos que, a no ser por el primer miembro, nadie entendería el segundo: «alcanzar la espalda de la fiesta». Luego, en cuanto a los nombres que intervienen en el diálogo, Gómez Lasa nos da: Querofón y Polos, cuando es más correcto Querifonte y Polo. La transliteración de las palabras griegas está bien hecha, de acuerdo con las normas más usuales. También es un acierto señalar las páginas y párrafos de la edición de H. Estienne (París 1578), con lo que fácilmente puede el curioso lector comprobar la fidelidad de la traducción.

Y termina el volumen con un resumen analítico, pp. 245-50. En realidad no pasa de ser un índice del temario expuesto en el diálogo que carece de mayor interés: tan sólo puede servir al que se acerca al *Gorgias* por primera vez y desea ver el contenido. Aunque no se nos indica nada, creemos que la edición del diálogo platónico va dirigida al estudiante, sin mayores pretensiones. El prof. Gómez Lasa se ha limitado al texto de Platón, y no ha tenido en cuenta la abundantísima bibliografía que también puede servir de provecho al lector.

José Oroz

Aristóteles, *Categorías*. Edición bilingüe en griego y castellano. Introducción, versión castellana y notas de Luis Ml. Valdés Villanueva (Cuadernos Teorema, Valencia 1983) XIII + 65 pp.

Lleva al frente una breve introducción con una selección bibliográfica y va precedida de un sumario analítico de temas, siguiendo los capítulos. Sigue el texto paralelo a dos columnas en griego y castellano. Se reproduce la edición griega, compulsada por Minio-Paluello, de la *Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis* con todo el aparato crítico de las notas. Las notas en castellano van al final (pp. 55-61), señalan lugares paralelos y contienen observaciones de famosos traductores latinos y modernos. Al final de todo, hay un glosario de palabras técnicas en griego y castellano. Resulta así una edición muy práctica, segura y fácilmente manejable.

Vicente Muñoz Delgado

José Barrientos García, *El Maestro Pedro de Herrera y la Universidad de Salamanca. Estudio histórico documentado* (Ediciones Universidad de Salamanca 1983) 221 pp.

El prof. Barrientos es ya un gran veterano, especialista en el manejo del Archivo Universitario salmantino. El subtítulo *estudio histórico documentado* responde perfectamente a la realidad de esta obra. Sabe sacar partido de los Libros de Cuentas, Claustros y sobre todo de los de Cátedras del Archivo, siguiendo paso a paso las oposiciones y la docencia del dominico Pedro de Herrera (1548-1630), con sabrosísimas noticias. El título general también responde a una realidad, porque trata de Herrera en su vida universitaria y no expone sus doctrinas ni su actividad durante su efímero episcopado. El núcleo de la obra se centra en las oposiciones a cátedras narrando con detención y con mucha documentación las peripecias de las mismas.

Un primer capítulo estudia la vida de Herrera, alumno durante muchos años de Salamanca, donde cursa Artes y Teología. De 1593-99 es catedrático de Escoto, al que explica por Santo Tomás, como narra el segundo capítulo. Los dos capítulos siguientes describen minuciosamente las oposiciones perdidas a la cátedra de Durando en 1596 y a la de Biblia en 1604. Especialmente interesantes son los dos capítulos dedicados a la cátedra de Prima de Teología en sus dos versiones: en 1604 Herrera gana Prima de Teología de la Universidad, una herencia en el convento de San Esteban, a la que renuncia en 1606 para pasar a la nueva de Prima de Teología, creada por Felipe III en favor de los dominicos. Estudia paso a paso la oposición y las dificultades para la creación de la nueva cátedra, publicando luegos y deliciosos documentos, que revelan los bandos que había entre los religiosos, casi siempre escindidos en dos, capitaneados por dominicos y agustinos. Muy importantes las noticias sobre las votaciones de los estudiantes de los conventos y las dificultades que mutuamente se creaban. Un capítulo hacia el final está dedicado a la Inmaculada Concepción, también muy documentado, donde los dominicos se quedan solos ante el fervor mariano de todos los demás religiosos. Finalmente, estudia el trámite de la jubilación y recuerda brevemente la última etapa de la vida de Herrera.

En esta obra hablan los documentos del Archivo Universitario y resulta apasionante ver los grupos y rivalidades, no siempre edificantes. En todo el período, en la Universidad hay predominio absoluto del tomismo. Barrientos ve el inicio de la decadencia de Salamanca en el sistema de oposiciones, en la degenerada lentitud que introduce el sistema del dictado, introducido por Francisco de Vitoria y seguido por Herrera, y en la desviación hacia problemas especulativos, olvidando la parte práctica de la II-II de Santo Tomás.

Sin negar la importancia de esas causas, creo que la decadencia va implícita en la misma restauración del tomismo, que es una doctrina del XIII, olvidando los enormes progresos que había hecho el xiv y xv, sobre todo en filosofía y ciencia. Eso produce la separación de la Teología de los problemas vivos de la filosofía y de la ciencia. A fines del xv y primeros años del xvi, se cultiva la ciencia y las tres vías con fervorosa eficacia. El fruto que eso podría haber producido quedó ahogado con la restauración del tomismo y su oficialidad.

Por eso hoy, por ejemplo la escuela franciscana está cobrando tanto interés en la historia de la ciencia. Pero la obra de Barrientos no hace filosofía de la historia, es simplemente una lograda y documentada descripción de la vida universitaria de Pedro de Herrera.

Vicente Muñoz Delgado

H. Giannini Iñiguez, *Tiempo y espacio en Aristóteles y Kant* (Andrés Bello, Santiago de Chile 1982) 124 pp.

Se puede decir, en general, que la finalidad del autor es más expositiva que crítica. Además de ser considerado más brevemente, Kant es medido por el rasero de Aristóteles, sin que casi nunca lleve la mejor parte. Uno de los indudables méritos del autor es la claridad de su estilo, sin que ello sea óbice para que los temas sean tratados con la profundidad que merecen. He tenido la impresión de que fre-

cuentemente el sujeto trascendental kantiano es confundido con el yo psicológico o empírico. Pudiera ser que ello fuese la consecuencia de querer clarificar mediante ejemplos una doctrina harto compleja. Sin embargo, la clarificación obtenida exige un precio demasiado alto desde el punto de vista de la precisión histórica.

M. Arranz

J.-P. Osier, *D'Uriel da Costa à Spinoza*, coll. L'Autre rive (Berg International, Paris 1983) 299 pp.

Le titre trop modeste de ce remarquable ouvrage ne doit pas en cacher la richesse. En effet, non seulement Jean-Pierre Osier nous offre la première traduction rigoureuse de l'*Exemplar humanae vitae* d'Uriel da Costa, précédée d'une étude qui renouvelle de fond en comble l'approche de cet émouvant témoignage, mais encore il y ajoute des pièces annexes —textes de Léon de Modène, Philippe de Limborch, Bayle, Voltaire...— qui font de ce livre un véritable dossier.

J.-P. Osier n'a pas repoussé les grands travaux de C. Gebhardt et I. S. Révah. Bien au contraire, il les a intégrés dans une synthèse plus vaste qui dégage des perspectives neuves. Il a inséré l'itinéraire spirituel d'Uriel dans un courant d'idées et d'interrogations qui dépasse le seul généalogie quand il s'agit d'expliquer le judaïsme d'Uriel. J.-P. Osier compare d'autres destins tragiques —ceux de Nicolas Antoine et de Lope de Vera y Alarcón— avec celui du malheureux hétérodoxe amstellodamois. De cette comparaison jaillissent certaines questions mobilisatrices communes à l'Europe de la fin du XVI^e siècle, questions qui sont loin d'être étrangères à celles que posent à la conscience de l'époque Fauste Socin et ses disciples.

L'Écriture comme modèle éthique, fidélité à la seule Loi puis à l'esprit de la Loi, refus des cérémonies et des rites, critique des hommes religieux, négation de la providence divine, Uriel a des frères en «libération de conscience». C'est l'histoire de cette libération que relate l'*Exemplar humanae vitae* qu'il faut lire «et non pas extraire tel ou tel passage pour en faire une source, une preuve dans un dessin de reconstitution historique. A procéder ainsi, Uriel n'est plus l'auteur de cet ultime témoignage, mais de quelques lignes: ici le témoin de l'enfance d'un nouveau chrétien, là retrouvant le judaïsme perdu, soums enfin à la réconciliation après l'humiliante flagellation, etc. Chacun choisit selon son point de vue d'historien des marranes ou de la communauté amstellodamoise ou encore en apôtre scandalisé de la tolérance». Paradoxalement, le retour à la lecture limpide n'est pas si simple et l'un des mérites de ce travail est de l'avoir pleinement justifié en soulignant entre autres l'importance de l'honneur qu'Uriel importe de la péninsule Ibérique dans les brumes d'Amsterdam. C'est pour l'honneur d'être vrai avec lui-même qu'il récuse, qu'il nie, qu'il entre en hétérodoxie. Ce juriste de formation, dès lors qu'il a décelé dans la Loi des contradictions, va jusqu'au bout de son raisonnement et la déteste de sa dimension divine.

Est-ce assez pour faire d'Uriel da Costa une source de Spinoza? Nullement. Et Jean-Pierre Osier de démontrer qu'il ne suffit pas d'avoir été mis au ban de la communauté juive pour être philosophe. Ce qui occupe Uriel, c'est la Loi, ce qui intéresse Spinoza, c'est le droit. Les deux hommes ont une formation radicalement différente: Suarez et les théologiens-juristes à Coimbre pour Uriel, Descartes, Machiavel, Hobbes et les «libertins» hollandais à Amsterdam pour Spinoza. Celui-ci est un philosophe en ce qu'il conçoit un système et qu'il a vocation d'universalité. Il dépasse l'expérience qui va tourmenter la brève vie d'Uriel, à preuve cette recherche d'un «vrai bien communicable, susceptible seul d'affecter mon âme, après le rejet de tout le reste, un bien dont la découverte et la possession m'assureraient éternellement la fruition d'un jois suprême et continuelle». J.-P. Osier souligne toute la différence qui existe entre le discours philosophique qui transcende l'expérience et la douloureuse épreuve d'un solitaire: «Uriel da Costa, par son autobiographie, ne pouvait aboutir à la formation d'une philosophie et chez lui ceci n'est pas échec, mais sans doute signe d'un refus, celui de voir transformer le moi-exemplar qui avait tant souffert en un modèle impersonnel des passions et des actions humaines... Uriel da Costa et Spinoza: deux manières complémentaires et de vivre et de tirer les leçons d'une vie».

L'ouvrage de Jean-Pierre Osier est celui d'un philosophe qui a choisi une écriture claire pour méditer sur un destin bouleversant; intéressera et les philosophes et les historiens des problèmes et des mentalités.

H. Méchoulan

Celina Ana Lértora Mendoza, *Bibliografía filosófica argentina (1900-1975)* (Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Buenos Aires 1983) 360 pp.

La obra está escrita con la colaboración de Matilde Isabel García Losada. Se ha intentado reunir en un volumen mucho material disperso en bibliografías especializadas, para ofrecer algo global, completo y de fácil manejo.

Se recoge la producción de argentinos en el país y en el extranjero, la de extranjeros residentes en Argentina que puedan considerarse incorporados al medio cultural de la nación. Se han consultado bibliotecas generales y especializadas, repertorios bibliográficos, información directa y personal de los autores. En muchos casos se han compulsado directamente los mismo textos.

Así se ha logrado algo exhaustivo dentro de unos criterios mínimos de selección, que excluye recensiones, trabajos literarios y periodísticos. En caso de duda, predomina siempre el criterio de completud.

Siguiendo de cerca la clasificación decimal universal, se ha hecho esta distribución de materias y por este orden: Generalidades, Noción de filosofía, Metafísica, Teoría del conocimiento, Cosmología y Filosofía natural, Antropología filosófica, Lógica, filosofía y metodología de las ciencias, Ética, Filosofía de la sociedad, Filosofía de la vida cultural, Historia de la filosofía. Dentro de cada división y subdivisión temática, se sigue el orden alfabético, se recogen 5.034 ítems. Las inevitables interferencias quedan salvadas por el índice de autores y, sobre todo, por un detallado índice de materias, que permite encontrar con rapidez cualquier ficha buscada.

Se ha logrado así un instrumento de trabajo de fácil manejo y de máxima utilidad para cualquier investigación. Lértora Mendoza se apunta un tanto muy importante en su línea de dar a conocer el pensamiento argentino, que tanto conoce y en cuya área tanto trabaja.

Vicente Muñoz Delgado

G. W. Leibniz, *Escritos filosóficos*, editados por E. de Olaso (Edit. Charcas, Buenos Aires 1982) 666 pp., 23 x 16 cms.

Utilizando un método parecido al que el mismo Olaso había aplicado con éxito a la obra de Descartes, se presenta ahora esta voluminosa selección de escritos «filosóficos» de Leibniz. Pero la obra del genial sabio alemán presenta notables peculiaridades respecto a la de su antecesor francés, que obliga también a adaptar el método. En primer lugar, la obra de Leibniz es incomparablemente más extensa hasta el punto de que aún hoy no sabemos con exactitud su volumen pues está dispersa en medio de los más variados géneros literarios y en un abultado número de manuscritos desperdigados por distintos lugares y aún no suficientemente explorados. En segundo lugar, el pensamiento de Leibniz, expuesto casi siempre en escritos de circunstancias, ofrece tal cantidad de interrelaciones que sin una cuidadosa anotación y catalogación resulta difícil de seguir con algún orden. En tercer lugar, era tan insaciable la curiosidad y saber del filósofo, así como sus intereses ecuménicos, que no hubo campo de la cultura al que no aplicase su mente prodigiosa cuidándose bien poco de las divisiones académicas del saber al uso; por ello, el que se reduzca al estudio de las pocas obras que Leibniz publicó como libros estrictamente «filosóficos» tendría una imagen raquítica de su pensamiento.

Esto explica los grandes riesgos de cualquier selección. El editor afrontó y

solucionó con éxito tal problema: combinando criterios cronológicos y sistemáticos, los 47 escritos seleccionados aparecen agrupados en 10 secciones. El libro se abre con un prólogo general y una amplia cronología de Leibniz; cada sección va precedida de una introducción que detalla cada uno de los escritos incluidos y añade una selecta bibliografía especializada que completa la general ofrecida al comienzo de la obra; sigue luego la traducción, en conjunto muy cuidada, de los escritos conservando al margen la paginación del original que se sigue en cada caso; la obra se cierra con un cuidado índice de nombres y materias, muy importante este último porque puede hacer las funciones de léxico para conducir e incluso ampliar el estudio de Leibniz. La obra lleva una amplia anotación que explica o contextualiza lo dicho en el texto o incluso se ofrecen pautas de interpretación que, al menos, demuestran que las lecturas de Leibniz más al uso pecan de parcialidad. Con buen criterio se han excluido las obras «largas» de la madurez de Leibniz por problemas evidentes; de los *Nuevos ensayos* existe una traducción reciente y la ausencia de la *Teodicea* queda en parte compensada con la inclusión de los resúmenes escritos por Leibniz; por lo demás, la obra tampoco tiene pretensiones de ser exhaustiva. A simple vista, resulta muy discutible la exclusión de la amplia e importantísima correspondencia de Leibniz, pues la selección de una carta a Wagner de 1696 no tiene pretensiones de ser suficiente; sin embargo, el autor insinúa su propósito de dedicar otro volumen similar al presente a la correspondencia; ni que decir tiene que sería el complemento ideal.

La mayoría de los escritos aquí recogidos se traducen por vez primera. Teniendo presente lo dicho, la obra es un precioso instrumento para un primer estudio serio de Leibniz con numerosas sugerencias para continuar ese estudio. Ahora que Leibniz vuelve a ser objeto de una gran atención por parte de filósofos e investigadores, aparece en nuestra lengua este precioso instrumento de trabajo. T. E. Zwanck y R. Torretti que han colaborado en la traducción y notas y, sobre todo, E. de Olaso que además coordina la edición son magníficos conocedores de Leibniz y su esforzado trabajo merece el más inequívoco reconocimiento.

A. Pintor-Ramos

E. de Olaso *Escepticismo e Ilustración. La crisis pirrónica de Hume y Rousseau* (Universidad de Carabobo 1981) 101 pp. 21 × 14,5 cms.

La presente obra del filósofo argentino E. de Olaso tiene mucho mayor alcance de lo que llevaría a esperar su brevedad y su disposición externa. Ofrece unas contribuciones particulares de interés y, al mismo tiempo, diseña un cuadro más amplio para un problema de gran alcance, susceptible de desarrollos ulteriores. Formada por tres estudios a primera vista independientes, su unidad temática reside en el problema común que enuncia el título de la obra.

Para las exposiciones vulgares, «escepticismo» e «ilustración» resultan términos contradictorios; pero la historiografía actual ha roto el pseudoconcepto unitario de «ilustración» y ha abierto el camino a una imagen diferenciada de «ilustraciones» coexistentes en el tiempo. En esta línea, la imagen del racionalismo dogmático ilustrado queda relativizada y aparece sólo como una dirección que coexiste con otras en las que el problema de los límites de la razón misma aparece como tema primario. Esto reabre la historia no escrita del escepticismo filosófico, condenada apriorísticamente a la insignificancia no sólo por los filósofos «dogmáticos», sino también por los mismos escépticos, cosa que parece más sorprendente. A este respecto, quizá el propio Hume es el responsable de una secular confusión generada por declaraciones aparentemente contradictorias. Inspirándose en los trabajos pioneros de Popkin y de Tonelli, Olaso reabre esta historia que busca recuperar el escepticismo como doctrina genuinamente «filosófica» y capaz hoy de ofrecer materiales a la reflexión, cosa que por cierto parecen haber pensado también filósofos tan poco escépticos como pueden ser Hegel o Husserl.

Los dos primeros estudios aquí recogidos examinan la llamada crisis «pirrónica» de Hume, objeto de multitud de disputas entre los intérpretes. Para ello, Olaso opera un distanciamiento histórico y elabora una tipología del escepticismo a partir de Sexto Empírico; de ello resulta que la resolución de la crisis escéptica en

Hume toma no el camino pirrónico, sino el académico hasta construir «el más ambicioso sistema de filosofía académica» (p. 36). Ello explicaría esa desazonante mezcla de declaraciones «escépticas» y «dogmáticas» que parecen yuxtaponerse en su obra.

Resultan sorprendentes los resultados de la aplicación de esta misma tipología a la «profesión de fe del vicario saboyano», el texto de Rousseau cuya lógica interna tantos problemas plantea. Olaso diferencia en el proceso del vicario dos escepticismos sucesivos; el primero aparece como un discurso consistente según los cánones del escepticismo académico; la segunda crisis, en cambio, se resuelve según el ideal del escepticismo pirrónico. No conozco ningún estudio que ofrezca un análisis tan preciso de la estructura lógica interna de este texto crucial de Rousseau, que ha sido calificado con razón como uno de los manifiestos intelectuales básicos de su siglo.

La preocupación de Olaso es aquí marcadamente gnoseológica y el método utilizado es el microanálisis minucioso. Cabría esperar que esta misma perspectiva, debidamente prologada, confluya en otra más general que, procedente sobre todo de la «historia de las ideas», sugiere una visión general coincidente. Creo que el presente libro es el primer esbozo seguro de un problema más general y vale la pena que el autor continúe esta línea y la complete. La presente obra va provista de un cuidado índice de nombres y de materias.

A. Pintor-Ramos

I. Kant, *Transición de los principios metafísicos de la ciencia natural a la física (Opus posthumum)*. Ed. de F. Duque (Editora Nacional, Madrid 1983) 772 pp., 21 X 14 cms.

El legado literario de Kant no presenta problemas críticos especiales, quizá con la única excepción del conjunto de notas conocido como *Opus posthumum*. La andanada de K. Fischer, que lo descalificó en nombre de la senilidad del autor, pesó sobre ese legado y lo convirtió en un texto ignorado por la mayoría e incluso sospechoso para los conocedores de Kant. A ello se añadía que las interpretaciones vigentes de Kant en una época no eran muy sensibles a la problemática allí debatida e incluso la imagen vulgar de Kant estaba mal avenida con el carácter desordenado y fragmentario de esos apuntes.

Todo ello, sin embargo, pertenece a un pasado ya remoto. Después del importante trabajo de Adickes, la gran edición crítica de G. Lehmann (1936-38) ofreció un texto admirablemente fiel al estado de los manuscritos, aunque con el inconveniente de convertirlo en una selva prácticamente intransitable incluso para los conocedores de Kant. En cualquier caso, se demostraba que el gran filósofo, publicadas las obras centrales de la filosofía crítica, comenzó a repensar algunos puntos polémicos e incluso a replantearse el *sistema* como tal. Las discusiones de sus «discípulos» en los últimos años de la vida de Kant y la consolidación del movimiento idealista refluieron sobre el anciano filósofo hasta convertir en problema el alcance último de su filosofía. Este texto, por tanto, es parte constitutiva del kantismo y quien conozca de modo somero el estado actual de la investigación sobre Kant sabe que es uno de los centros básicos y polémicos en las referencias.

El autor de la presente edición ha querido presentar en castellano un texto seguro de esta obra con todos los instrumentos que la crítica ha ido aportando a su comprensión. Después de la deficiente presentación francesa de J. Gibelin (1950) y la mucho más perfecta italiana de V. Mathieu (1983), el autor ha conseguido un texto que es actualmente el mejor disponible en lengua no alemana. No podía tratarse de traducir sin más el contenido de la edición de Lehmann, sino de seleccionar todo lo importante, ordenarlo de modo inteligible recogiendo la cronología y conectando críticamente entre sí cada texto con el resto de los fragmentos y con el conjunto de la obra kantiana. El resultado es el texto más perfecto existente de las notas kantianas para quien no necesite el refinamiento esotérico de la edición académica de Lehmann. En un amplio estudio preliminar el autor resume la odisea del texto, las principales interpretaciones y los problemas que

plantea; tablas cronológicas y de correspondencia con la edición de Lehmann, así como una cuidadosa bibliografía. A ello sigue el texto, dividido en cuatro partes y reproduciendo siempre en cabecera la signatura de Kant y la paginación académica al margen. A cada parte siguen abundantes notas del autor que, aprovechando lo conseguido por otros investigadores ofrece un arsenal inagotable de datos evitando siempre la tentación de convertirlos en una «interpretación» personal de Kant. La obra se cierra con un índice de nombres y un importante índice de materias que es un ensayo de un léxico filosófico de esta obra kantiana. La presentación editorial es muy aceptable, cosa de agradecer en una editorial y colección cuya irregularidad en la calidad científica de sus productos es notable.

Sólo un buen conocedor de Kant y un especialista en el *Opus posthumum* podría ofrecer una edición como la presente, que es un gran servicio a la difusión de la obra kantiana. Se dirá que toda selección es inevitablemente una interpretación, pero el autor, consciente de ello, hace un esfuerzo para justificar sus opciones. Quizá el título general es discutible porque, si bien responde a una temática decisiva, puede sugerir un acabado sistemático que no tiene, remite en exceso a otra conocida obra kantiana y resulta restrictivo; a mi entender debería haberse respetado el título más genérico y ya consagrado de *Opus posthumum*, aunque esta es una menudencia. Sólo queda agradecer al autor su ejemplar trabajo, el más perfecto en las traducciones castellanas de obras del Regiomontano, y sería deseable que se tomase como modelo para aquellas obras, incluso importantes en el legado literario de Kant, no traducidas y también para aquellas cuya traducción necesita ser revisada según las actuales exigencias críticas, como se está haciendo actualmente en Francia.

A. Pintor-Ramos

J. Gómez Caffarena, *El teísmo moral de Kant* (Ed. Cristiandad, Madrid 1983) 247 pp., 20,5 × 13 cms.

Se trata de un estudio sobrio sin renunciar a pretensiones didácticas, cuyo tema central es el enunciado en el título. Ello se debe sin duda a que el autor juzga que ésa es la clave básica de la «teología» kantiana. Al mismo tiempo, se pretende mostrar que, no obstante alguna vacilación de Kant, el teísmo moral es una postura coherente y fecunda aún hoy, con lo que el alcance teórico de este estudio resulta claro.

El primer capítulo es una exposición de algunas nociones que definen la especificidad del kantismo; aunque poco novedoso para el versado en Kant, serán útiles algunas precisiones que corrigen ambigüedades frecuentes y entre las que cabe destacar los análisis de los conceptos de «fenómeno» y «noúmeno».

El segundo capítulo estudia la postura de Kant frente a la «teología transcendental», unificada en el concepto de *Ens Necessarium*.

El tercer capítulo, sin duda el central, estudia directamente el teísmo moral. Analizado el estatuto de la «fe racional», el autor admite lo que él mismo denomina una «crisis» del teísmo moral sobre todo en el *Opus posthumum*, pero cree poder entenderla como una acentuación de la centralidad del hombre, compatible aún con las afirmaciones básicas de este teísmo.

La clave de ello está en el capítulo cuarto, que examina la visión del mundo que emana de dicho teísmo. El autor entiende que existen algo así como «dos fuentes» de la moral kantiana: la categoricidad del deber y el concepto, en amplia medida utópico, de Sumo Bien, al que la teleología abrirá un lugar desde el que luego se explicarán planteamientos kantianos en los ámbitos de la historia, de la política o de la religión.

Esto lanza el problema al ámbito de la conocida pregunta sobre la esperanza, fundada en la fe del hombre y objeto de unas consideraciones finales sobre su fecundidad actual.

La obra está construida en perspectiva sistemática y al filo de una exposición, breve y precisa, del desarrollo de los problemas a lo largo de las principales obras de Kant; supongo que algo de esto quiere decir la máxima hermenéutica del autor

de «exponer a Kant por Kant» (pp. 19, 229). El que conozca la obra de A. Cortina, reseñada en esta misma revista (9 [1982] 400-3), verá que ahora no se añade nada sustancialmente nuevo en este punto; el autor cita aquella obra, aunque dudo que del modo adecuado para que el lector pueda hacerse una idea suficiente del debate.

La postura aquí defendida es coherente y honesta. Pero no me parece que se imponga necesariamente; la ingeniosa «hipótesis» elaborada por el autor para afrontar textos incómodos del *Opus posthumum* remite en realidad a otro problema: el alcance teleológico de la Razón y el lugar del Sumo Bien, cuya «utopización» no deja de suscitar interrogantes. No veo por qué la posible «reabsorción» del Absoluto en la Razón tiene que concluir o en la negación de ese Absoluto o en un Absoluto hegeliano (p. 151), pues parece que cabrían otras alternativas distintas.

La citada obra de A. Cortina y la presente deberían consultarse de modo conjunto para tener una visión completa de este importante problema, que no es sólo un problema técnico de la *Forschung* kantiana. El debate así entablado resulta aleccionador, pero su base es mucho más amplia y profunda de lo que alguien podría deducir a partir de discrepancias en puntos de alto tecnicismo filosófico. Por lo demás, resulta muy encomiable la claridad con la que el autor de la presente obra sabe moverse en temas tan complejos y difíciles.

A. Pintor-Ramos

L. Jiménez Moreno, *Hombre, Historia y Cultura. Desde la ruptura innovadora de Nietzsche* (Espasa-Calpe, Madrid 1983) 206 pp., 21 x 13,5 cms.

La presente obra se ofrece modestamente como una contribución a la antropología del presente desde las sugerencias nietzscheanas. Históricamente, Nietzsche aparece como parte de la «ruptura» con el esencialismo de la antropología clásica, la cual ignora el existente concreto y lo somete a los intereses del sistema, generando así una «antropología cerrada» que no deja espacio a la innovación. Si bien el filósofo alemán es un crítico mordaz y lúcido de esa actitud, su obra no se reduce a esta crítica tan ampliamente valorada, sino que se trata de una ruptura «innovadora» en la que el hombre aparece como posibilidad no determinada en una «antropología abierta» (pp. 116-17).

Situada históricamente de modo somero la antropología nietzscheana, esta reclama la nueva totalidad del viviente concreto que es dinamismo abierto y, sin determinar conceptualmente sus límites, busca estimular en cada uno la creatividad individual. Creo que este hilo básico une los distintos capítulos de la obra en una sucesión no siempre clara para el lector. El autor está convencido de la vitalidad actual de la obra de Nietzsche, después de tantas rupturas y propuestas salvadoras; para ello, insiste en los aspectos «afirmativos» de su pensamiento que nunca ha cristalizado en un sistema definitivo y cerrado. Por ello, «Nietzsche no puede dar nunca seguridad, sino hacer despertar el estímulo para atreverse a proyectar, a pesar de la inseguridad en que uno se siente» (p. 13). El lector puede tener la sensación de que en la obra se suceden rapsódicamente temas concretos sugestivos, como puede ser el tratamiento novedoso de la pareja humana, la cultura del león o la actitud ante la historia en las que el autor, buen conocedor de la obra de Nietzsche, evita conscientemente las «extravagancias» y «provocaciones» (p. 157) de algunos textos y, al mismo tiempo, no entra en sus formulaciones más pretenciosas y difíciles «metafísicamente» como el eterno retorno de lo igual e incluso en buena medida la voluntad de poder. Pero, si entiendo bien, la concreción última de la propuesta se encuentra en lo que el autor denomina «anti-humanismo estético vitalista» (cap. 8) que sintetizaría la alternativa última de Nietzsche y daría fundamento a lo anterior; si es así, el tema quizá merecía mayor atención y examen crítico pues la propuesta última aparece envuelta en una cierta vaguedad general que no precisa bien su alcance y la selección temática parece movida a veces por contingentes urgencias antropológicas; creo que en el fondo hay un concepto de «antropología filosófica» no explicitado que habría que discutir.

No se trata, por tanto, de una exposición completa del pensamiento de Nietzsche, cosa que el autor hizo con éxito en otra obra anterior. Se trata más bien de

un valioso ejercicio filosófico que muestra la fecundidad que sigue teniendo la obra del filósofo sin pretensiones de agotarla. El libro lleva un útil índice de nombres y conceptos; es una lástima que la redacción en algunos pasajes resulte poco fluida y clara.

A. Pintor-Ramos

Ignacio Delgado González, *La «Revista Europea» (1874-79) y su significado filosófico* (Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 1983) 104 pp., 22,5 x 16 cms.

Texto revisado y reducido del original presentado para la obtención del título de doctorado. En las páginas se estudia un aspecto del movimiento cultural de fines del siglo, el XIX. Cuarto de siglo de efervescente actividad intelectual, uno de cuyos frutos fue la publicación de varias revistas destinadas a dejar huella en nuestra cultura contemporánea. El estudio de una de ellas es el objeto de este trabajo. Se trata de la *Revista Europea*. Esa adjetivación de «europea» es ya reveladora. Lo que hace el autor es decirnos lo que dicha revista llevaba dentro, aunque fueran cortos los años de su salida al público. Delgado González hace un análisis de eso que la publicación llevaba dentro, primero a través de un estudio cuantitativo y después temático. Fue la respuesta que la tendencia positivista dio a los problemas del tiempo, alejándose de idealismos y krausismos. La primera parte es minuciosa, diligentemente tabulada en lo relativo a las cosas y personas de las que el periódico se ocupó. En la segunda se nos sitúa ante una de las líneas de penetración del pensamiento de fuera en casa. Hoy podemos tener olvidados los asuntos y las firmas que escribieron en esa publicación ya hace más de cien años. Pero desenterrar noticias como se hace en este libro e informarnos sobre ellas significa poner en nuestras manos los materiales directos que nos permitan hacer la historia espiritual de la época a la que se refieren. Estudio breve, pero denso, de los que son siempre bien recibidos en una publicación como la de estos *Cuadernos*.

S. Alvarez Turienzo

M. Berciano, *Técnica moderna y formas de pensamiento. Su relación en Martin Heidegger* (Ediciones de la Universidad de Salamanca 1982) 213 pp., 24x17 cms.

El título de la presente obra puede resultar un poco restrictivo; en realidad, expresa sólo su interés dominante que, dado su carácter marcadamente «ontológico», exige una exposición del núcleo básico del pensamiento heideggeriano. De hecho, los 8 densos capítulos de que consta el estudio podrían agruparse en tres partes diferenciadas. La primera (caps. 1-4) contiene una esforzada exposición del núcleo básico del pensamiento heideggeriano centrado en el tema de la verdad a fin de encontrar el nivel exacto del específico enfoque que de la técnica hará el autor. La segunda parte (caps. 5-6) examina la técnica en relación con las «formas de pensamiento» en que se funda y a que da lugar; es la que responde directamente al título general de la obra, como muestra el hecho sorprendente de que el título general sea de nuevo el del cap. 5, y por ello debe considerarse como central dentro de la obra. Una tercera parte (caps. 7-8) tiene un cierto carácter de epílogo; se estudia el mismo tema en el enfoque de la «escuela de Frankfurt» (de hecho en Horkheimer y Marcuse), enfoque distinto que un pensamiento apresuradamente ecléctico podría pensar como integrable complementariamente en el heideggeriano; pero el autor marca bien las diferencias irreductibles entre ambos modos de pensar; el último capítulo explica que tal confrontación no es del todo extrínseca, aunque quizá no evita la impresión que se tiene en ciertos momentos de estar frente a una digresión, por valiosa que se considere.

El autor conjuga perfectamente la perspectiva sistemática del problema con una atención cuidadosa a las fases de su desarrollo en Heidegger; ello es posible porque, en la línea de los mejores intérpretes actuales del filósofo alemán, ese desarrollo

es visto desde dentro como producto de las dificultades teóricas que va encontrando la reflexión. En la práctica, esto plantea notables dificultades sobre todo por el carácter de sugerencias que tienen tantas reflexiones heideggerianas que, al tener que analizarlas desde varios puntos de vista, llevan a caer en reiteraciones; en este sentido, hubiese sido deseable un índice de nombres y de conceptos. La atención a las fuentes y a la bibliografía —de modo especial, a la escrita en español— es constante; el hecho de que la presente obra parece estar redactada fundamentalmente hacia 1977 y, por tanto, no puede haber tomado en consideración lo publicado posteriormente, no parece que afecte en nada a su núcleo fundamental.

De hecho, el libro es una exposición del núcleo del pensamiento heideggeriano, sobre todo del difícil problema de la verdad, sin por ello olvidar sus ambigüedades y sus límites. En la no muy abundante literatura sobre Heidegger en español la obra debería convertirse en consulta obligada para los interesados en el filósofo y, de modo más general, para los preocupados por el sentido y el destino de nuestra civilización técnica.

A. Pintor-Ramos

A. Rodríguez Huéscar, *La innovación metafísica de Ortega. Crítica y superación del idealismo* (Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid 1982) 175 pp., 18 × 17 cms.

Este ensayo fué premiado por el MEC en un concurso convocado entre profesores de Institutos con motivo del 25º Aniversario de la muerte de Ortega. Su autor es un conocido discípulo del filósofo; el entusiasta prólogo que escribe J. Marías indica bien en qué órbita interpretativa se mueve.

El autor cree que la «crítica y superación del idealismo» es esencial al pensamiento orteguiano y ofrece la base de su «innovación metafísica». La primera parte del libro es un elenco sistemático de los textos en que Ortega vuelve reiterativamente sobre su crítica al idealismo, crítica entrevista ya en años juveniles, según el autor, y en la que distingue tres momentos: momentos estructurales, más que genéticos, porque lo esencial de la crítica permanece inalterable. La base de tal crítica es siempre la realidad radical que es la vida humana en su ejecutividad, lo cual supone un elenco de categorías metafísicas que el autor cataloga en la segunda parte para mostrar la absoluta novedad de la filosofía orteguiana.

El libro presenta innegables aciertos de detalle, pero en su conjunto se mueve al nivel de la glosa laudatoria sobre pautas bien conocidas. La mayor dificultad viene de la falta de relieve con que es presentada la noción mágica de «vida», conquistada por Ortega en fecha muy temprana y condenando así una gran parte de su pensamiento a una reiteración sin interés de fórmulas acuñadas; en consecuencia, la vuelta de la crítica al idealismo debe ser en buena medida un ejercicio de preciosismo retórico. No deja de sorprender que el autor no nos diga nunca qué deba entenderse con precisión por «idealismo». La exposición orteguiana resulta bien tópica y no es fácil ver qué idealismo se reconocería en ella. Si la base de la crítica es en buena medida la sustantivación cartesiana del pensamiento, resulta difícil entender la «novedad» y uno tiene que preguntarse, v. gr., qué habrá querido decir entonces Kant en la crítica del paralogismo de la razón. Podría entenderse muy bien que en Ortega esto resulta justificado porque tal crítica es un medio para aclarar su filosofía; pero es inconcebible que su discípulo quiera hacer pasar esto por moneda de curso legal. Así, la exposición que el autor hace por su cuenta de la *epokhé* de Husserl (pp. 80-95) es inaceptable; confundir el acto de reflexión con el acto psicológico del recuerdo es algo que no puede tomarse en serio.

El libro carece de todo sentido histórico y enfoca el valor de la filosofía de Ortega *sub specie aeternitatis*; sólo así puede explicarse que se tome como guía definitiva del desarrollo del pensamiento orteguiano contra todas las evidencias del *Prólogo para alemanes*. Los discípulos y epígonos de Ortega no se dan cuenta de que su actitud hagiográfica sólo podría conducir a un nuevo y estéril escolasticismo, bien poco compatible con el carácter del pensamiento del venerado maestro.

Todos reconocemos sus aportaciones y su función en un momento de la historia española; pero hoy esta hermenéutica partisana está manifiestamente agotada en sus temas y actitudes y sólo sirve para ahuyentar a las jóvenes generaciones del contacto con Ortega. Si no sabemos bien qué «idealismo» critica Ortega, es lógico que nos quedemos sin saber también qué alcance exacto tiene la propugnada «superación».

A. Pintor-Ramos

J. L. Molinuevo, *El idealismo de Ortega* (Narcea, Madrid 1984) 172 pp., 18 x 11 centímetros.

No carece de interés este breve ensayo; al menos, abandona los caminos trillados de las glosas inspidas y se enfrenta a una valoración crítica de Ortega; quizá esta valoración resulte más insinuada que probada, quizá es un apunte necesitado de ulteriores desarrollos.

El tema es la posición de Ortega frente al idealismo, que al autor le resulta ambigua. Ambigua, en primer lugar, como exposición porque Ortega tiende a una estilización que termina reduciendo la proteica figura del idealismo a ciertos rasgos de racionalismo subjetivista; ambigua la tarea de su «superación» —en sentido hegeliano, según el autor (p. 15)— porque el fracaso de algunos temas idealistas deja sin brújula a toda una generación y la salida aparece como un intento de salvar otros rasgos idealistas, a los que no pueden ni quieren renunciar, desde una nueva fundamentación. El autor capta bien la movilidad interna del pensamiento orteguiano y utiliza el sencillo esquema, propuesto por el mismo Ortega, de las «dos navegaciones» marcando el curso *¿Qué es filosofía?* la línea divisoria entre ellas.

En la primera la salida está determinada por una huida hacia adelante concretada en un básico idealismo estético que ve en la obra de arte la solución de la paradoja que significa la radical heterogeneidad intelectual de sujeto y objeto. Esta base determina un idealismo ético y gnoseológico en los que el autor descubre un «alma reaccionaria» (p. 119).

En la segunda navegación el idealismo aparece en el plano metafísico. La filosofía aparece como la salvación del naufragio en las cosas construyendo el mundo desde la «interpretación» de las cosas a partir del ensimismamiento. Finalmente, la historia parece disolver incluso la filosofía y sólo queda la salida del heroísmo.

El autor ha captado bien que en la obra de Ortega, como en la de otros contemporáneos, pervive una herencia parasitaria del inmediato pasado. Todo parece indicar, sin embargo, que debe haber otra línea en la que se alimenta ese parásito y ésta sólo aparece aludida en modo oblicuo. Por ello, quizá, el planteamiento es unilateral y da la impresión de que el autor fuerza en exceso como antítesis lógicas lo que son mediaciones dinámicas. No parece que la detectada persistencia de rasgos idealistas en Ortega permita definir su pensamiento como «idealista» sin más, aunque el autor tiene razón contra los intérpretes que han entendido la «superación» como una liquidación total.

El libro ofrece valiosas sugerencias como puede ser el caso de las alusiones a Baroja y Heidegger, aunque será necesario un mayor desarrollo. Tampoco se puede decir que la claridad en el estudio del problema sea excesiva.

A. Pintor-Ramos

J. J. Nebreda, *La fenomenología del lenguaje de Maurice Merleau-Ponty* (Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1981) 253 pp., 21 x 13,5 cms.

La obra de M.-P. con su desarrollo inconcluso se ha ido convirtiendo en una referencia insustituible dentro del pensamiento del siglo xx; esa obra significa un proyecto radical, coherente y honesto que busca replantear la filosofía misma

y, por ello, está en el origen de programas intelectuales de nuestra época, incluso de programas que luego en su desarrollo se mostraron excluyentes. Conocido hoy el desarrollo general de las ideas del filósofo, superadas algunas discusiones sobre el alcance de su legado, son posibles y necesarias obras como la presente.

Por una parte, esta obra es un estudio minucioso de todo lo que en la obra de M.-P. dice relación al lenguaje. Con una técnica de microanálisis, el autor recoge sucesivamente todo lo que el filósofo dijo sobre el tema añadiendo breves contextualizaciones a sus textos. El lector encuentra aquí una recopilación de todos los textos al respecto, lo cual entorpece la fluidez de la lectura pues la labor de fichero es muy visible y las repeticiones inevitables. Este esqueleto, para mi gusto, ha quedado en exceso al descubierto.

Pero bajo esa capa se va perfilando otra que intenta una sistematización del pensamiento estudiado y ofrece un cuadro de su desarrollo. De ahí las tres etapas en las que el autor agrupa cronológicamente el material. Entre ellas hay motivos dominantes que permanecen —ante todo, el proyecto de una filosofía del «habla» que busca escrutar el momento en que emerge la expresión en la línea de la «fenomenología genética» del último Husserl—, pero aparecen también niveles de reflexión sucesivos en los que el desarrollo de los temas problematiza los puntos de partida previos y ofrece la imagen de un pensamiento en progreso que es retroceso a un nivel prerreflexivo del que se alimenta toda posible reflexión.

Desde el tópico elegido, el pensamiento de M.-P. quedaría interpretado «desde él mismo» (p. 13) como un desarrollo coherente en el que la importancia del lenguaje va creciendo a través del trato sostenido con las ciencias del lenguaje hasta desembocar en una ontología «diacrítica», más entrevista que desarrollada, que aparecería fundada en un *Cogito* ampliado y superador de la oposición idealismo-empirismo con todo el subsecuente cortejo de dicotomías clásicas; este planteamiento no deja de tener semejanzas importantes con Heidegger, aspecto casi olvidado aquí. Al final, queda abierta una cuestión: el carácter inconcluso del pensamiento de M.-P. puede deberse a la circunstancia de su muerte prematura, pero puede deberse también a razones más hondas al tratarse de un pensamiento que no permite por motivos intrínsecos ninguna síntesis conclusiva. El autor parece defender esto último, que no excluye lo primero: «Pretender traducir a conceptos sistemáticamente fijados y conclusos la filosofía de M.-P. evidenciaría la absoluta no-comprensión por nuestra parte hacia esa misma filosofía, y nuestra síntesis final se descalificaría por sí misma con su solo intento» (p. 228). Si es así, resultaría que la importancia histórica de este pensamiento residiría más bien en su capacidad para estimular su prolongación por caminos que el filósofo a veces indicó, pero él mismo no recorrió.

La obra presente resulta, así, valiosa no sólo por lo que dice, sino ante todo por la capacidad de suscitar problemas y reflexiones ulteriores; es una lástima por ello la escasa fluidez de su redacción. El único peligro a evitar, contra el cual el propio autor pone en guardia, reside en no caer en la tentación de absolutizar una perspectiva parcial dentro del complejo entramado de problemas que mueven el pensamiento de uno de los filósofos más grandes de nuestro siglo.

A. Pintor-Ramos

A. Pintor-Ramos, *Génesis y formación de la filosofía de Zubiri*, 2ª ed. (Universidad Pontificia, Salamanca 1983) 148 pp.

La primera edición de esta obra, pequeña solamente en cuanto al número de sus páginas, fue el fruto de una lección inaugural de curso. Esta segunda edición aparece notablemente mejorada con nuevas notas y precisiones. Le ha sido incorporado, además, un amplio apéndice en el que se resumen los resultados de la gran trilogía que Zubiri publicó poco tiempo antes de su muerte. Para decir tantas cosas en tan pocas páginas, y cosas tan importantes para la correcta interpretación de un pensamiento tan complejo como el de Zubiri, es necesario estar muy familiarizado con toda la obra del filósofo vasco. Y conocerlo tan a fondo como solamente puede hacerlo quien, además de ser discípulo y amigo, asistió semanalmente durante años a sus seminarios y fue testigo de la gestación de muchas de sus obras más importantes.

La temática que el título de la obra anuncia es la génesis del pensamiento zubiriano, pero para llevar a término esta tarea, el autor expone también las grandes líneas de lo que habría de ser la filosofía madura de Zubiri. Esto se hace brevemente, pero sin que ningún elemento importante sea omitido. Quien con ello sale beneficiado es el lector que pretenda iniciarse en el pensamiento de Zubiri sin necesidad de una introducción que sea tan voluminosa como la obra del mismo maestro.

La necesidad de explicar los orígenes de un pensamiento como el de Zubiri se funda en la peculiar manera que éste tiene de hacer filosofía. Una manera que consiste en no citar nunca a nadie y en escribir constantemente de espaldas a la galería. Esta manera de proceder hace que el lector no iniciado no sepa nunca demasiado bien de dónde viene Zubiri ni qué es lo que pretende. Y sin embargo, la correcta comprensión de unas ideas supone el conocimiento previo del tipo de preguntas para las cuales intentan ser un respuesta. Esta necesaria tarea de encuadre es llevada a cabo por Pintor-Ramos casi con primor. Para muchos puede resultar sorprendente saber hasta qué punto estuvo Zubiri influenciado por filósofos como Husserl o Heidegger. También resultará iluminador conocer los vínculos que le unieron a pensadores como Franz Brentano, Alois von Meinong o Carl Stumpf. Verá, sin embargo, que al hablar de vínculos o influjos se refiere más a problemas comunes que a soluciones idénticas, punto éste en el que Zubiri se nos muestra como notablemente original.

Es de destacar el buen quehacer científico de Pintor-Ramos, que parece haber asimilado muy bien el rigor zubiriano a la hora de fundamentar todas y cada una de sus afirmaciones. Lo que pretende no es un comentario personal, cosa que puede ser también muy respetable, sino hacernos caminar por el mismo camino que Zubiri recorrió en busca de soluciones a problemas que permanecieron muy constantes a lo largo de su vida. Las citas no son muchas, pero están bien escogidas y son iluminadoras. Se utilizan, además, fuentes poco conocidas, frecuentemente omitidas por considerarlas poco representativas. En ellas, sin embargo, es donde mejor se descubre a veces el movimiento del pensamiento zubiriano y cuales fueron sus preocupaciones.

Un reproche que se puede hacer a esta obra es su brevedad. Cuantos están interesados en el pensamiento de Zubiri, saludarían la aparición de una exposición completa de su pensamiento, con tal que estuviese elaborada con el mismo rigor y exigencias de esta introducción.

M. Arranz Rodrigo

G. Gómez Cambres, *La realidad personal. Introducción a Zubiri* (Librería Agora, Málaga 1983) 275 pp., 21,5 x 15,5 cms.

La preocupación dominante de este libro podría llamarse antropológica. Pero el autor entendió muy bien que este tema en Zubiri es de raíz metafísica y sólo así puede entenderse, más allá del acierto y brillantez de los análisis descriptivos. El problema metafísico por antonomasia es el de la trascendentalidad, lo cual convierte el concepto de «persona» en clave del pensamiento antropológico zubiriano y la propia *Sobre la esencia* es una larga preparación (pp. 17, 125-26) para la persona, tema en el que efectivamente culmina.

Esto explica la estructura del libro. El capítulo central (4º) está dedicado expresamente a la realidad personal y es quizá el más conseguido del libro. Los tres anteriores lo preparan: el 1º, no del todo satisfactorio, coloca a Zubiri en su contexto filosófico; el 2º, examina el órgano de acceso a lo real y el 3º, la esencia de lo real. Siguen dos capítulos (5º y 6º) dedicados a dos dimensiones del «ser humano»: la historia y Dios. La obra se cierra con una amplia bibliografía que, contando con las anteriores, corrige errores y añade novedades, aunque desgraciadamente no está exenta de erratas.

En conjunto, la dificultad mayor procede de una cierta oscuridad en los límites de lo talitativo y lo trascendental, su alcance y caminos. Ello no es culpa del autor, sino que se debe a que este punto no quedó bien clarificado por Zubiri hasta

su última obra sobre la inteligencia, que el autor no pudo utilizar de modo completo; las limitaciones de este estudio son una prueba indirecta del sustancial avance que en la clarificación de Zubiri significa la trilogía sobre la inteligencia, obra esencialmente unitaria. Esto provoca los puntos más discutibles de la obra. Así, el análisis de la verdad real (cap. 2) suscita perplejidades y se tiende a veces a interpretaciones realistas de tipo precartesiano (cf. p. 46), lo cual se evitaría quizá tomando en consideración el análisis complementario de las verdades «duales». Pero lo más problemático es la ausencia de un análisis de lo que Zubiri llamó «marcha de la razón», lo cual lleva al autor a entender, en mi opinión de modo equivocado, la vía de la religación desde los patrones de la causalidad para evitar el escollo del argumento ontológico (pp. 212, 217), lo cual sólo es válido suponiendo que se trate de un «argumento». Así se revela una clave oculta de toda la interpretación: Zubiri aparece finalmente como un «neoescolástico» (p. 208; cf. ya p. 51), todo lo *sui generis* que se quiera.

Esto está favorecido, además, por un planteamiento abiertamente sistemático que, salvo en puntos muy concretos (v.gr. pp. 135, 154), no muestra sensibilidad para el desarrollo histórico del pensamiento estudiado. Así, el primer capítulo, a pesar de las apariencias, está pensado sistemáticamente desde la filosofía madura de Zubiri y la mención de las «etapas» distinguidas por el propio filósofo no tiene luego consecuencias apreciables para la interpretación. Ello permite una yuxtaposición de temas discutible y tesis tan problemáticas como la de afirmar que *Sobre la esencia* estaba implícitamente supuesta (p. 20) en las obras anteriores.

Creo que el presente libro es la mejor sistematización existente del pensamiento antropológico de Zubiri en todo su peso «metafísico»; en este aspecto significa un muy apreciable progreso en los estudios zubirianos y el planteamiento que lo guía parece perfecto. Sus limitaciones proceden del hecho de no haber podido contar con toda la producción zubiriana y su falta de sentido histórico. La interpretación general a que apunta resulta muy discutible, pero ello no quita valor a los rigurosos análisis en torno al tema central. Si aún no es la obra definitiva sobre Zubiri, es sin duda un paso decisivo hacia ella.

A. Pintor-Ramos

J. M. Mendez, *Finito e infinito. Una investigación interdisciplinar* (Estudios Axiológicos, Madrid 1981) 237 pp.

Lo que el autor se propone en esta obra es, nada menos, que una nueva fundamentación de la Teodicea y de la Ética, utilizando para ello algunas de las más modernas adquisiciones y teorías de las ciencias positivas (relatividad, física cuántica, teoría de conjuntos). Lo que al lector más llama la atención no es tanto la ambición del proyecto, cuanto la fe inmovible con que el autor admite las teorías científicas en que se apoya. Que la velocidad de la luz sea un tope para todas las posibles velocidades de los sistemas físicos es algo que hay que admitir si uno está de acuerdo con las teorías einsteinianas. Pero puede que no sea cierto si partimos de otros presupuestos. Y deducir tantas cosas como el autor deduce de verdades como la aducida, parece un poco arriesgado. La historia, e incluso los mismos científicos, nos aconsejan cautela antes de considerar como definitiva cualquier tipo de verdad científica, por más que la experiencia parezca confirmarla. Han sido demasiadas las veces que se han tambaleado verdades que se consideraban adquisiciones científicas definitivas. Y un buen ejemplo de ello son, precisamente, las teorías que el autor utiliza, si consideramos lo que significaron para la bien establecida ciencia física del siglo pasado. ¿Quién nos asegura que con ellas no vaya a suceder otro tanto?

Sin embargo, la exposición que el autor hace de las teorías científicas a que se refiere, es notablemente clara y va acompañada de prolijos apéndices para quien disponga de una formación matemática suficiente. La obra es presentada como «un inciso dentro de un libro dedicado a los valores en general». Este libro fue publicado en la misma editorial en el año 1978 y se nos recomendó leer la presente obra en conexión con la anterior.

M. Arranz Rodrigo

J. L. Ruiz de la Peña, *Las nuevas antropologías. Un reto a la teología* (Ed. Sal Terrae, Santander 1983) 232 pp., 21 x 13,5 cms.

Considero un deber elemental de honestidad con el autor tener siempre presente el horizonte de esta obra: «de las aulas salió y para las aulas fué pensada en principio» (p. 10). El meritorio esfuerzo de claridad y de síntesis en materia tan variada y lábil son sus mejores cualidades pedagógicas; ante ello carecen de importancia eventuales dudas sobre el acierto en alguno de los autores seleccionados, sobre la interpretación ofrecida o incluso la homogeneidad del material tratado.

En un sentido que luego se verá, la obra podría dividirse en dos partes. La primera estaría formada por los tres primeros capítulos con el propósito de sintetizar las «nuevas antropologías» en torno a los tres binomios básicos sujeto-objeto, hombre-animal y mente-cerebro. En el trasfondo de todos ellos late la discusión entre humanismo y antihumanismo y ésto, como reconoce el autor, es mucho más una cuestión axiológica que teórica. Por ello, resulta lógico que el exigible afán de neutralidad expositiva quede constantemente superado por una inequívoca crítica a las posturas antihumanistas en sus distintas versiones. Si entiendo bien, ninguna de las posturas reseñadas en estas páginas satisface del todo al autor: ni los monismos por razones obvias, ni los dualismos por los insolubles problemas en que se estrellan, ni tampoco las presentadas como emergentismos porque su ambigüedad termina siempre por reconducirlos de nuevo al monismo o al dualismo.

Sin embargo, el autor intenta buscar «un justo medio entre monismo y dualismo» (p. 221) y en esto su programa coincide con el de los emergentistas, por poco satisfactorias que le resulten sus realizaciones concretas. El cap. 4 formaría así la segunda parte de la obra en la que el teólogo intenta responder al «reto» lanzado por las «nuevas antropologías». Aquí se recurre a la doctrina tomista, pero de un modo excesivamente sumario que exigiría más amplios desarrollos y que en el estado actual quizá no a todos resulte satisfactorio. El lector difícilmente puede sustraerse a la impresión de que aquí hay una ruptura discursiva con el resto de la obra, la introducción un tanto en filigrana del concepto de *alma* —al final, quizá más teológico que científico o filosófico, como el autor mismo parece insinuar (p. 230)— y, sobre todo, la ambigüedad del discurso según los criterios que el autor maneja en los capítulos anteriores. Por mi parte, formularía la pregunta básica de un modo muy simple: la doctrina tomista, tal como el autor la presenta, ¿es realmente un «justo medio» entre monismo y dualismo o, por el contrario, exige otro planteamiento distinto del problema? Si fuese lo primero, habría que explicar detenidamente en qué delgada arista se mueve tal «justo medio»; si fuese lo segundo, lo que habría que revisar sería más bien todo el planteamiento de la obra.

Si quizá no estamos ante una obra definitivamente conclusa, hay que insistir en el correcto planteamiento del trabajo: buscar hacer teología a partir de las vigencias culturales del propio tiempo es lo que han hecho siempre los grandes teólogos y lo que todos esperamos del autorizado autor de este libro. El filósofo podría pensar que las incertidumbres puestas de relieve con agudeza por el autor lo que demuestran es la necesidad de una filosofía verdaderamente al día y en consonancia con los problemas de hoy sin repetir dogmáticamente conceptos y planteamientos obsoletos. En cualquier caso, la obra será utilísima para estudiantes y para todo aquel que busque una reseña rápida y clara de las principales ideas que hoy dirigen el eterno debate en torno al hombre.

A. Pintor-Ramos

José Quesada Herrera, *Redacción y presentación del trabajo intelectual. Tesinas, Tesis doctorales. Proyectos, Memorias, Mecanografías* (Paraninfo, Madrid 1983) 211 pp.

El autor lleva muchos años vinculado a una empresa, donde se componen textos, mecanografían tesis doctorales y tesinas, se elaboran documentos de carácter oficial y privado. Este libro es el fruto de esa experiencia, sumamente conocedor de las dificultades y errores en que suelen coincidir gran parte de los que utilizan la

escritura como medio de comunicación. El fruto ha sido un libro esencialmente práctico de gran utilidad para profesores, estudiantes, periodistas, mecanógrafos, etcétera. Pero ese sentido práctico está reforzado por un gran conocimiento del tema y de la bibliografía más selecta. Contiene cinco capítulos más una Bibliografía adecuada. Da multitud de normas para la composición literaria, para la redacción del trabajo intelectual y su presentación, señala los puntos débiles de la gramática y ortografía, en que hay dudas y dificultades en las que suelen cometerse errores. Contiene además numerosos ejercicios incorrectos con la clave de corrección.

Está redactado de forma que resulta una lectura sumamente agradable, sabiendo dar los consejos en donde más se suele cometer error y encontrar dificultades. Este manual de tanta utilidad y tan pragmático debería ser el manual obligado de todo universitario y de todos los profesionales del trabajo intelectual. No tiene desperdicio en ninguno de sus acertados consejos.

Vicente Muñoz Delgado

Julián Velarde, *Lógica Formal*. Prefacio de Gusrato Bueno Martínez (Pentalfa Ediciones, Oviedo 1982) 350 pp.

Los lectores españoles y extranjeros conocen ya a J. Velarde, profesor de lógica de la Universidad de Oviedo, autor de numerosos artículos en *El Basilisco*, traductor de Platón, Aristóteles y Leibniz, investigador de Caramuel, etc. Se trata de uno de nuestros profesores poseedor de una enorme cultura clásica y matemática. De ambas hace gala en esta obra, notable por muchas razones.

Contiene 17 capítulos, que exponen el cálculo de proposiciones, el cálculo de clases, el cálculo de predicados monádicos y las relaciones, dentro de una perspectiva clásica y bivalente.

Los tres primeros capítulos son introductorios y de carácter general. Exponen el lenguaje formal y el natural, unas nociones de axiomática y la estructura general de la lógica bivalente.

Pasa luego a la exposición de la lógica de proposiciones, que trata extensamente en los caps. 4-11, aprovechando inteligentemente el álgebra abstracta con la aplicación de la estructura de *grupo* (caps. 4 y 5) y desarrollando un procedimiento de decisión, estableciendo una correspondencia entre el cálculo de proposiciones y los números naturales (cap. 11). Al lado de esta novedad, estudia la lógica de proposiciones como sistema; estudia sus leyes, sobre todo desde la equivalencia; desarrolla otros métodos de decisión (tablas de verdad, método de «resolución» de Quine, formas normales, tablas semánticas y árboles lógicos) (caps. 6-8). El cap. 9 está dedicado al método N de deducción natural de Gentzen y el cap. 10 a la presentación axiomática, exponiendo varios sistemas (Frege, Whitehead-Russell, Hilbert-Bernays) y, sobre todo, el del famoso manual de A. Church.

Los caps. 12-13 están dedicados a la lógica de clases, explicando primero importantes nociones como la clasificación, las diferentes interpretaciones de la silogística del Estagirita, las clases porfirianas y combinatorias, relación entre lógica y matemática desde las nociones de clase y conjunto, el problema del individuo, la relación entre lógica de clases y lógica de proposiciones, etc. Todo un alarde de conocimientos lógicos, filológicos, matemáticos y filosóficos. El cap. 13 explica de manera sistemática las principales nociones de la lógica de clases con su representación gráfica.

Sigue la exposición del cálculo funcional de primer orden (caps. 14-17). Previa una importante introducción sobre las distintas interpretaciones de la proposición aristotélica, se decide por una exposición moderna en la perspectiva de la teoría de funciones de Frege—Russell (cap. 14). Sigue, en el cap. 15, el método de deducción natural de Gentzen, como una extensión de lo explicado al tratar de las proposiciones. A continuación expone algunas axiomatizaciones del cálculo de predicados monádicos (Frege, Russell, Hilbert-Ackermann, Church). El último capítulo está dedicado a las relaciones, donde vuelve a utilizar el álgebra y la relación con la teoría de conjuntos.

Tenemos aquí un manual bastante completo de la lógica formal de primer orden.

El grupo de Oviedo ha planeado un revolucionario *Tratado de Lógica* en cuatro volúmenes (*Lógica filosófica*, *Lógica formal*, *Lógica material*, *Historia de la lógica*). Este tomo que hemos presentado es el segundo, que está invadido por una filosofía de la lógica y de la gnoseología, muy relacionadas con la doctrina del prologuista G. Bueno. Las numerosas observaciones que hay a lo largo de este vol. II nos hacen esperar con gran interés la obra completa, que dará al todo un significado mayor y sin duda será algo transcendental en nuestro horizonte cultural, para una nueva filosofía de la lógica. Esta primera muestra revela un gran conocimiento no sólo del aspecto formal, sino también del histórico, gnoseológico, filosófico, etc.

Vicente Muñoz Delgado

Antonio González Carlomán, *Conjuntos numéricos (Algebra II). Primera Parte: De los naturales a los transfinitos* (Universidad de Oviedo 1983) 359 pp.

González Carlomán es un singular cultivador de la lógica y matemática actual. Trabaja especialmente desde el álgebra abstracta y teoría de conjuntos en ejemplar vanguardia. En 1975 publica un manual, bastante completo, de lógica y metalógica, titulado *Lógica axiomática* (Oviedo 1975), de gran valor pedagógico y concebido especialmente para matemáticos. Algo más tarde publica *Introducción a la lógica matemática* (Oviedo 1979), una breve iniciación, de carácter más intuitivo y menos formalizada. Igualmente ha publicado trabajos relacionados con la lógica en revistas, como *Gaceta Matemática*.

Más creador se muestra en el enorme volumen *Lenguaje matemático (Algebra I)* de 634 pp., tamaño folio (Oviedo 1976), que constituye una introducción a la matemática actual y a su problemática, dirigida a un público general. Esta obra hasta el cap. IV expone la lógica matemática con algunas de sus aplicaciones modernas y en los siguientes expone la teoría de conjuntos con algunas perspectivas nuevas sobre la teoría de los números. De esta obra acaba de aparecer la parte, que presentamos, con el título de *Conjuntos numéricos (Algebra II). De los números naturales a los transfinitos*, que se completará próximamente con una segunda parte, que estudiará los números enteros, racionales, reales, complejos e hipercomplejos. La primera parte de *Algebra II* sigue la línea de *Algebra I*, dominando siempre la noción de conjunto en sentido de Cantor. La base de este volumen está en la relación de orden entre conjuntos. Se parte del axioma de la buena ordenación y de los homomorfismos entre conjuntos bien ordenados. Después de analizar los elementos de los conjuntos bien ordenados pasa a definir algunos conjuntos importantes (finitos, infinitos, conjuntos naturales, conjuntos infinitos sin elementos límites, conjuntos ordinales y cardinales) estudiando sus propiedades. Sigue el estudio de operaciones con conjuntos bien ordenados (suma, producto, potenciación, operación unitaria, operaciones con familias de conjuntos bien ordenados, etc.). A partir del cap. V, hace aplicaciones de esa doctrina. Para la lógica interesa especialmente una de esas aplicaciones, siguiendo un camino muy diferente del de la axiomática de Peano. No sólo construye el conjunto de los números naturales, sino que obtiene un algoritmo sobre cualquier conjunto finito que conduce a una lógica polivalente de gran interés y actualidad. Además, cuando ese conjunto tiene dos elementos, resulta un álgebra de Boole, que es un conjunto bien ordenado, cuyas relaciones y propiedades estudia brevemente. Así partiendo del axioma de la buena ordenación llega a un álgebra sobre conjuntos de la que es subalterna el álgebra de Boole, cuando hay dos elementos, y también resulta algebraizada una *lógica polivalente*. El camino es nuevo, de línea muy moderna y avanzada y puede revelarse de gran fecundidad.

Vicente Muñoz Delgado

Alfonso López Quintás, *Análisis estéticos de obras literarias* (Narcea, S.A. Ediciones, Madrid 1982) 384 pp., 18 x 11 cms.

Las ideas que el autor desarrolla en este libro vienen pensadas de lejos. En las primeras páginas se remite a escritos anteriores de los que es continuación y en parte aplicación. Se analizan en él obras literarias, las siguientes: *El burlador*

de Sevilla y el convidado de piedra, de Tirso de Molina; *La malquerida*, de Jacinto Benavente; *Yerma*, de F. García Lorca; *El principito*, de A. de Saint-Exupéry; *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett; *La salvaje*, de Jean Anouilh; *Euridice*, de Jean Anouilh. Esos análisis constituyen la segunda parte, que se cierra con un «Epílogo». Pero hay una primera parte en la que se sientan los supuestos del análisis subsecuente. Esa parte teórica es la que, sobre todo, supone y continúa la obra anteriormente publicada por el autor, especialmente su *Estética de la creatividad* (1977).

La teoría en cuestión se entiende como una «lógica de la creatividad», o como exposición del que se denomina «método lúdico-ambital». Lógica y método, que se entiende han de ofrecer los recursos de interpretación de las obras literarias. Qué se quiera decir con eso de «lúdico» y de «ambital» es el tema de los primeros apartados de la exposición. En buena parte lo que se quiere decir ha de entenderse a partir de lo que se rechaza, de lo que no es lúdico ni ambital. No es fácil resumir y, sobre todo, precisar qué es lo que se ventila en esos términos; no obstante se nos dan los elementos suficientes para que la lógica o el método en cuestión queden concretados y resulten operativos. La actitud lúdico-ambital se relaciona con la creatividad; y ambas cosas, con lo vivenciado en libertad. Lo contrario de la actitud lúdica es lo neutro, lo unilateral e impositivo, la negativa a la apertura y al diálogo. A lo ambital se opone lo objetivo-exteriorizador. La relación lúdico-ambital tiene como campo el mundo todo particularmente el de la cultura. Así, pues, el hombre protagonista de esa actitud cuenta con lo otro, con los otros, con los valores, con la historia. Pero todas esas cosas, siendo distintas de él, no le quedan distantes ni extrañas; se relaciona con ellas ambientalmente, haciendo juego, recreativamente. Lo que se resume en la disposición genérica que el autor llama (no demasiado esclarecedoramente) de «éxtasis». La actitud contraria es denominada (tampoco en forma muy precisa) de «vértigo». Creo que esas expresiones pueden traducirse por estas otras de uso más admitido: actitudes creativas-posesiva, o bien consumativa-consumitiva.

Creemos que ahí se dice algo importante de lo que de hecho pasa en la realidad. Oposiciones análogas, aunque sean otros los nombres que las expresan, circulan hoy por la literatura filosófica con crédito de ofrecer referencias significativas para entendernos con la realidad. Como marco de referencia para su análisis ofrece el prof. López Quintás las nociones indicadas. Se advierte que son fruto de una larga reflexión y que para él tienen el alcance de principios sistemáticos. Le sirven no sólo para interpretar obras estéticas determinadas, sino para ordenar los intereses culturales, por centro los valores, en los campos no sólo de la estética, sino también de la ética y de la religión. La potencia de esas nociones-principio es gnoseológico-crítica, pero también ontológica y práctica.

S. Alvarez Turienzo

Francisco Puy, *Derechos humanos: I, Derechos económicos, sociales y culturales; II, Derechos civiles; III, Derechos políticos* (Imprenta Paredes, Santiago de Compostela 1983) 368, 328 y 418 pp., respectivamente. 21 x 15,5 cms.

«El presente libro [los tres volúmenes] contiene las explicaciones sobre derechos humanos impartidas a los alumnos de Derecho natural de la Facultad de Derecho de la Universidad de Santiago de Compostela, durante el curso académico 1982-83». Son 90 lecciones expuestas buscando el sentido didáctico. Se sigue el orden de los derechos fundamentales a partir de las declaraciones de los mismos (Declaración universal del 48, pactos y protocolos adicionales y complementarios, convenciones y textos constitucionales), disponiéndolos con arreglo a las materias que indican los títulos de los tres volúmenes.

Respecto a cada uno de los capítulos el autor aclara los términos, aduce los diversos textos normativos y argumenta sus conclusiones. Tiene en cuenta la bibliografía sobre el particular y merece señalarse la atención que concede a la española. La estructura de cada capítulo es sencilla y la exposición clara. Se nos dice que la redacción del conjunto se hizo en tiempo breve, en pocos meses. No obstante, hay muchos materiales acumulados en cada capítulo, con la base y la información

suficiente para lecciones profesoras. Texto dedicado a la presentación y exégesis del articulado de las declaraciones, evita la especulación o las justificaciones teóricas. Esos aspectos de la doctrina tienen su lugar en otros escritos ya publicados por el autor o que tiene el propósito de publicar.

Francisco Puy lleva bastantes años como profesor universitario de Derecho natural y Filosofía del derecho y la madurez de su pensamiento se advierte en cada página. Domina el terreno en que se desenvuelve y expresa sus opiniones con manifiesto tono de seguridad. Mantiene la idea de que las Declaraciones de derechos pueden entenderse en continuidad con las doctrinas tradicionales del Derecho natural. El entiende la cuestión de esa manera. «Los *derechos humanos* constituyen el *derecho natural* de nuestro tiempo»; y, por eso, trata la cuestión en un curso programado como de Derecho natural. Sabe muy bien que sobre ese punto hay diferencia de opiniones, y que hasta hay la opinión que sostiene que para nosotros ha dejado de tener sentido alguno lo que antaño se llamó «derecho natural». Hablar de derecho natural en el campo jurídico resulta algo parecido a hablar de metafísica en el filosófico. La mentalidad positiva tiene ambas cosas como harto problemáticas, si es que no sin-sentidos. Y sabemos que el positivismo se adelantó a considerar el mundo de lo jurídico como tierra conquistada, arrojando de ella a los que fueran sus antiguos señores. Para generaciones enteras de juristas ha venido resultando intelectualmente inhonesto contar con una justicia metafísica o mantener vigente el viejo iusnaturalismo. F. Puy no es ningún positivista jurídico. Defiende su concepción de los derechos humanos en conexión con ese viejo iusnaturalismo, sin creer que por ello tenga que pedir excusas. A este respecto, su última lección, la 90, así como el «Epílogo» son de lo más franco y taxativo: unas páginas escritas con desenfado, con convencimiento y con la conciencia de saber lo que en ellas se dice. El desenfado llega hasta el desplante: «Me siento con autoridad para hablar sin tener que probar lo que digo. Porque, entre otras cosas, me da igual que el incrédulo no me crea» (III, 392).

S. Alvarez Turienzo

José María Sánchez de Muniain y Gil, *La vida estética. Contribución al conocimiento del hombre* (BAC, Madrid 1981) 196 pp., 17 x 10 cms.

Los conceptos fundamentales de la estética son para el autor «los de 'contemplación', 'sentimiento' y 'expresión'». Desde ellos cree que es como pueden entenderse mejor «los de 'belleza', 'vida estética' y 'arte'». El presente libro, pese a lo escaso de su volumen, se ocupa de todos ellos, pero lo hace a partir de la «vida estética» y como aportación al estudio del hombre.

La estética es una forma de vida, al lado de otras, como la religiosa, la moral, la científica, la hedonística... Las notas por las que se distingue la forma de vida estética son la «libertad, la felicidad y el humanismo». Gran parte del estudio está dedicado a exponer el significado de esas notas y el sentido en que definen la experiencia estética. Eso, en la primera parte. En la segunda estudia los conceptos de sentimiento y de expresión estética.

Sánchez de Muniain, profesor de la materia por largos años en la Universidad de Madrid, estaba en condiciones de escribir un tratado sobre la misma. Estas páginas no son ese tratado, pero contienen el análisis de conceptos básicos que muestran en el autor la familiaridad con el tema propia de un maestro. Puesto que la terminología usada en el campo de la estética fácilmente se deja en la imprecisión y peca de estar deficientemente conceptualizada, el estudioso que desee alcanzar al respecto nociones utilizables con algún rigor no perderá el tiempo dándose a la lectura de estas páginas. Pero Sánchez de Muniain era un hombre de gran cultura clásica. Su modo de entender la estética surge del diálogo con los maestros de esa disciplina a través de toda la historia de las ideas. En pocas ocasiones hace análisis históricos concretos, pero cuando ocurre, como en las breves reflexiones que dedica a san Agustín o Kant, revela gran familiaridad con el tema e inequívoca seguridad de juicio. Naturalmente quien busque como fuente para su formación en este mundo de lo bello, tan sugestivo como nada fácil de penetrar, últimas especies que le pongan al corriente sobre lo que está de moda, será mejor

que pase de esta lectura. Es un libro sin erudición explícita. Está bien escrito, pero a cincel, como sobre lo duro. Bajo forma de ensayo esconde factura de tratado, aunque no desarrollado como tal.

S. Alvarez Turienzo

Ismael Quiles, S.J., *Filosofía de la educación personalista* (Ediciones Depalma, Buenos Aires 1981) 250 pp., 22,5 × 15,5 cms.

Varios, *Antropología filosófica in-sistencial* (Coloquio 1979, Ed. Depalma, Buenos Aires 1981) 364 pp., 22,5 × 15,5 cms.

Varios, *Filosofía in-sistencial y educación* (Coloquio 1981, Ed. Depalma, Buenos Aires 1983) 232 pp., 22,5 × 15,5 cms.

Bajo el patrocinio de la Fundación «Ser y saber» vienen publicándose las obras completas del padre Ismael Quiles. *Filosofía de la educación personalista* corresponde al tomo V. Los volúmenes anteriores son: *Antropología filosófica in-sistencial*, *La persona humana*, *Introducción a la filosofía*, *Filosofía y religión*.

Desde en torno a 1950 viene desarrollando el profesor Quiles la que acaba denominando «filosofía in-sistencial». Tal denominación quiere significar un punto de vista sistemático con deliberada vocación metafísica, teniendo por centro al hombre-persona. La relación con el existencialismo apenas queda disimulada, pero es manifiesta en el autor la voluntad de ir más allá de él. El núcleo de esa filosofía puede quedar resumido en este pasaje tomado del «prólogo» de la obra reseñada: «Este libro... contiene una sola idea... Esta idea es que el hombre por su esencia es persona, es ser un centro interior, que está 'en-sí' y que hemos llamado 'in-sistencia'; por eso actúa 'desde sí'; esto es, 'ser sí mismo'. Esa idea central la proyecta el autor sobre todos los problemas, estudiándolos a la luz de ella. Se ha interesado especialmente por lo educativo. «Educar o ayudar a la formación del hombre es tratar de que se desarrolle ese centro interior, que sea cada vez más 'sí mismo' y decida más 'desde sí', es decir, con conciencia de sí mismo y de cómo debe actuar; el ser y el dinamismo propio de la persona (educación) lo sintetizamos en tres conceptos: autoconciencia, autocontrol y autodecisión».

No en todas las obras del autor, sobre todo las más antiguas, está igualmente claro ese punto de vista «in-sistencial». Sus escritos más recientes operan con él como con la referencia sistemática para comprender la realidad, en concreto la humana (aspectos individual, social, histórico, educativo, moral, religioso).

Un grupo de profesores del entorno del profesor Quiles ha venido organizando coloquios internacionales para estudiar su pensamiento y también ahondar en el conocimiento de otros sistemas, sobre todo por cuanto puedan tener relación con el quilesiano. Las sesiones vienen desarrollándose en la Universidad del Salvador de Buenos Aires, bajo la presidencia de su actual rectora María Mercedes Terrén. Han aparecido las Actas de las dos primeras reuniones y se encuentran en prensa las de la tercera (1983). Los volúmenes en cuestión son los arriba fichados: *Antropología filosófica in-sistencial* y *Filosofía in-sistencial y educación*. Han participado en los mismos estudiosos de diversos países, además de los argentinos; entre los asistentes cuentan varios españoles. Parte de las ponencias están dedicadas a profundizar en los puntos de vista del «in-sistencialismo». Pero se tocan sus relaciones con otras filosofías o se desarrollan aquellos puntos de vista explorando su fecundidad para dilucidar diversos problemas. Reciben especial consideración los educativos. También están representados los estudios sobre el pensamiento oriental y sobre el Islam. Son 24 las contribuciones que figuran en las Actas del primero de los coloquios y 15 en las del segundo (Prof.: Terrén, Bammate, Basave, Caturelli, García Bazán, Gardini..., Prini, Beck, Marín Ibáñez..., y el propio Quiles).

S. Alvarez Turienzo

M. Herrera Figueroa, *Sociología del espectáculo* (Editorial Paidós, Buenos Aires 1974) 236 pp., 22,5 × 15,5 cms.

M. Herrera Figueroa, *Universidad y educación triversitaria* (Editorial Plus Ultra, Buenos Aires 1981) 168 pp., 20 × 14 cms.

Pedro R. David y otros, *Perfil jurídico-sociológico de Herrera Figueroa* (Leuka, Buenos Aires 1983) 208 pp., 20 × 14 cms.

Luis Fernando Rivera, *Antropología filosófica. A la búsqueda de un modelo* (Editorial Guadalupe, Buenos Aires 1981) 160 pp., 22,5 × 15,5 cms.

Luis Fernando Rivera, *Antropología existencialista. El hombre como centro y sentido* (Editorial Guadalupe, Buenos Aires 1983) 200 pp., 22,5 × 15,5 cms.

Estos diferentes libros merecen ser presentados juntos. Los dos primeros se deben al prof. Herrera Figueroa, por largos años rector de la universidad bonaerense «John F. Kennedy». Los restantes, o estudian su ideario o se mueven dentro del círculo de su influencia.

M. Herrera Figueroa es figura destacada del pensamiento argentino. Ha cultivado las áreas de la jurisprudencia, la teoría política y del derecho, la sociología y la psicología. Profundizando en esos diversos temas, llega a elaborar un sistemático punto de vista filosófico en función del cual ordena sus varios intereses: el estudio de la conducta humana, la sociedad, las instituciones, la cultura. Cuenta entre sus obras: *La ciencia del derecho*, *En torno a la filosofía de los valores*, *Justicia y sentido*, *Sociología del derecho*, etc., además de los dos indicados en cabeza. El volumen que edita P. R. David ofrece el curriculum formativo y profesional de nuestro autor, a la vez que estudia algunos de los puntos más salientes de su doctrina.

El punto de vista filosófico que define la reflexión de Herrera Figueroa se inscribe en la línea del «integrativismo», corriente perfectamente definida en el reciente pensamiento iberoamericano, y representada por autores como M. Reale, J. Hall, W. Goldschmidt, Recasens Siches, P. R. David. Herrera Figueroa, dentro de esa corriente, introduce modificaciones de consideración, que se hacen patentes ya en su terminología, a primera vista chocante, pero a la que el autor se arriesga y una y otra vez define y trata de llenar de contenido. La palabra clave de esa terminología, que expresa el punto de vista sistemático de los distintos desarrollos, se concreta en lo que llama «intrivitalismo». Con ese término se designa el marco de referencia triádico que, contra el individualismo dual, es propuesto como esquema analítico y estructural que permite dar cuenta de la vida humana personal y social. La tridimensionalidad de referencias básicas aparece tanto en el plano ontológico como en el cognoscitivo o práctico. La tríada fundamental se concreta en los elementos ecotímico, axiológico y teórico. Con ella se relacionan y corresponden otras, como la de sociedad, personalidad, instituciones; o la más generalizada en la corriente del integrativismo: hechos, valores, normas. Quedan subrayados especialmente los valores, cuya llamada permite —y obliga— trascender las dualidades acentuadas en la época ilustrada moderna. Entre los valores queda subrayada la relevancia de la justicia.

Mas la reflexión de Herrera Figueroa no se presenta en ruptura con el legado tradicional de Occidente. El autor se confiesa y manifiesta como pensador cristiano. Los grandes sistemas filosóficos del pasado son lugares de inspiración y de consulta continua a la hora de elaborar sus propias ideaciones. En ellas están presentes estímulos que van desde Platón hasta la fenomenología o el existencialismo, y desde luego los de pensadores cristianos, como san Agustín o santo Tomás.

El esquema «trivital» apuntado no se queda en construcción abstracta. Se le encuentra operativo en las áreas de la vida humana en sociedad y se le aplica al estudio del derecho, de la política, de los distintos órdenes institucionales. Un ejemplo de esa aplicación se encuentra en el libro *Sociología del espectáculo*. El autor trata ese asunto en relación con el juego. Lo ejemplifica en las representaciones teatrales y en el deporte futbolístico. Todo espectáculo es un fenómeno social que integra conductas orientadas bajo reglas. En el análisis sociológico del juego, como el fútbol, ve el autor el modelo cercano a la vida cotidiana de lo que son los juegos más complejos o más alejados de la experiencia común, como son los juegos que se practican en las instituciones políticas o culturales.

También en *Universidad y educación triversitaria* se entra en el análisis de las instituciones académicas superiores con ayuda de la tridimensionalidad de factores antes apuntada. «La educación triversitaria» viene a ser la aplicación del emblema: *Trinus et unus: vita, spiritus et societas*. Donde, con nuevas denominaciones, reaparecen los factores ecotímico, teórico y axiológico. También la educación ha de librarse de la trampa individualista o dualista, corregida por una educación trialista. En base a esa modificación puede llegarse a una clasificación de los saberes con valor de principio: biológicos, axiológicos, teóricos; así como la graduación cronológica en la propuesta de contenidos y los recursos metodológicos que han de aplicarse en la educación. Herrera aboga por una educación progresista que acerque el proceso educativo al creativo.

Para una presentación más detallada del pensamiento de Herrera Figueroa es recomendable la obra fichada en cabeza en tercer lugar: *Perfil jurídico-sociológico de Herrera Figueroa*. Obra de homenaje al autor, comprende ocho capítulos, más un prólogo y un epílogo. Todas sus páginas están dedicadas a exponer respecto de su pensamiento, y a cargo de firmas calificadas para hacerle; entre ellas, las de Goldschmidt, Poviña, Reale... El libro ofrece también el perfil biográfico. Hubiera sido de desear que contuviera igualmente el elenco bibliográfico.

Los otros dos libros se apartan a primera vista del tema que ocupa los anteriores. *Antropología filosófica* y *Antropología existencial* son estudios que desarrollan los respectivos títulos. Pero Luis Fernando Rivera se mueve dentro del círculo de intereses cercanos a los de Herrera Figueroa. El grueso de las páginas de los volúmenes se ocupa en exponer los modelos antropológicos más salientes en la historia filosófica, desde las sabidurías orientales hasta los autores cercanos a nosotros. En uno de los volúmenes se pone el acento en los filósofos de tradición racionalista. El otro se ocupa del pensamiento existencial, desde Kierkegaard a Sartre. La exposición histórica se hace de modo crítico, ordenando el desarrollo hacia la presentación de las posiciones personales del autor. Y la razón de sumar la reseña de estos dos libros a la de los anteriores viene de que en ambos se ofrece la antropología de Herrera Figueroa como coronación de las doctrinas del resto de los autores examinados, y sobre ella o dentro de su influencia ordena Rivera su propia concepción.

Vale la pena dar a conocer esta corriente del integrativismo iberoamericano, que ha adquirido más que regular relieve en el nuevo continente, que por méritos propios requiere ser conocida y que no ha alcanzado demasiado eco entre nosotros.

He aquí un pasaje de L. F. Rivera en el que se resumen los rasgos de la antropología que desarrolla así como su deuda con Herrera Figueroa: «La antropología filosófica subraya el aspecto específico humano. Esta antropología... se separa de las antropologías tradicionales porque ya no piensa que lo fundamental y específico del hombre sea lo racional, lo lógico, sino más bien lo valorativo. El fenómeno humano se abre de lleno al plano axiológico como capacidad de realización, de proyección en vista a la transformación del mundo y de todo lo que en él se encierra. Por lo tanto, esta antropología filosófica dice con todo énfasis que lo humano no se justifica por el simple conocer y saber. Esto nos remite al sistema y a la ideología. Lo más fundamental y específico del hombre es la capacidad de transformar, cambiar, superar y 'sobrepasar'. Este último término pertenece ya a un autor tratado en esta obra, a saber, Miguel Herrera Figueroa».

S. Alvarez Turienzo

J. A. Cabezas Sandoval, *Las grandes escuelas de la psicología moderna y sus aplicaciones pedagógicas* (Universidad Pontificia, Salamanca 1984) 246 pp.

«Psicología y pedagogía han ido siempre de la mano apoyándose y estimulándose mutuamente». En base a esta convicción se abre un estudio de las principales corrientes que han contribuido al desarrollo de la psicología y de las aportaciones pedagógicas de las mismas (estructuralismo, funcionalismo, conductismo, psicología de la Gestalt, psicoanálisis y psicología humanista). No son todas, puesto que la intención del autor no es presentar un compendio exhaustivo, sino aquéllas que

han trazado una senda histórica de avance hacia una concepción de la psicología más centrada en su verdadero objeto, que es el hombre como persona integral.

Este estudio detalla, con entera precisión, los elementos esenciales que configuran a cada una de ellas (precursores, origen, representantes, principios específicos de su comprensión de la psicología, etc.), para delimitar, en cada uno de los casos, sus aportaciones concretas a la pedagogía.

Especial atención merece la corriente humanista de la psicología que constituye el culmen del proceso histórico de acercamiento de esta ciencia a su auténtico objeto de estudio, el hombre integral —cuya personalidad es el núcleo que aglutina toda su pluridimensionalidad—, eliminando toda posibilidad de aproximación basada en la compartimentalización o en la regionalización.

Es ésta la perspectiva que propicia la más auténtica aportación de la psicología a la pedagogía, ciencia ésta que desarrolla las formas óptimas de interacción deliberada (intencional) de las personas en orden a la potenciación de todas las dimensiones del ser humano, objeto último de su actuación. Es éste, además, el único enfoque desde el que se puede entender que el objetivo de la pedagogía apunta más allá de la mera supervivencia o «adaptación a la vida». El sujeto aparece, entonces —tanto psicológica como pedagógicamente— activo en todas las dimensiones de su personalidad, tanto conductuales como afectivo-emocionales, lo que conducirá a los pedagogos a desarrollar, junto con sus aptitudes intelectuales y sistemas comportamentales, su capacidad de iniciativa, su creatividad, su imaginación, sus intuiciones, sus sistemas de valores, sus motivaciones, etc. (frente a la mera apropiación de unos contenidos racionalmente estructurados), en base a su comprensión del ser humano como «su propio proyecto» —en palabras de Maslow— y no como el proyecto de uno sobre otro.

Juan Antonio Castro Posada